

José Miguel Jato

SECRETA SCALA ARTIS

Las Enseñanzas de Knum I



masonica.es

SECRETA SCALA ARTIS

JOSÉ MIGUEL JATO

SECRETA
ESCALA
ARTIS

SERIE TURQUESA
[DE EGIPCIACA]


masonica.es

JOSÉ MIGUEL JATO

SECRETA
ESCALA
ARTIS

Las Enseñanzas de Knnum I

masonica.es

EDICIONES DEL
ARTE REAL

Secreta Scala Artis
José Miguel Jato

editorial masonica.es®
SERIE TURQUESA (De Egipciana)
www.masonica.es

© 2014 José Miguel Jato
© 2014 EntreAcacias, S.L.

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo - Asturias (España)
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: julio 2014

ISBN (edición impresa): 978-84-942888-5-2

ISBN (edición digital): 978-84-942888-6-9

Depósito Legal: AS 02297-2014

Impreso por Ulzama
Impreso en España

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

ÍNDICE

A modo de introducción	13
Preámbulo del Masón Jean M. Thorson	19
SECRETATA SCALAE ARTIS	
Carta que precede a todas, acompaña a las lecciones y a la herencia del Cantero	33
Primera carta. LA PLOMADA	39
Segunda carta. EL CINCEL	53
Tercera carta. LA MAZA	67
Cuarta carta. LA PALANCA	77
Quinta carta. LA REGLA	93
Sexta carta. EL NIVEL	121
Séptima carta. LA TRULLA	145
Octava carta. LA LLANA	165
Novena carta. LA ESCUADRA	181
Décima carta. EL COMPÁS	193

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Alguna vez, estoy seguro, todos hemos oído esta pregunta: «¿Qué te llevarías a una isla desierta?». El tópico nos sitúa ante una cuestión importante: si fueses a quedarte solo, sin nada, sin esperanza, sin el amparo de tu reconocida categoría social y económica; si fueses a iniciar un incierto viaje sin retorno, en el que nada de lo que te hace humano usualmente tuviese la menor relevancia; si así fuese... ¿qué sería lo imprescindible para ti? A veces, esta pregunta se sustituye por la de «qué libro te llevarías»; solo para señalar a la postre, más específicamente, qué conocimiento crucial consideras imprescindible para ti, o qué escrito te hace vibrar el alma de tal manera, que con seguridad, en un futuro, necesitarás volver a pasear tus ojos, con espíritu reconciliado, por las palabras allí impresas. Es, en el fondo, la misma cuestión que se hace —y nos hace desde el libro— el veterano cantero de esta historia. Viendo la muerte en cercanía, influido por la conmoción de su inminencia, podemos imaginar sin mucho esfuerzo al anciano, conjeturar reflexiones de este tenor y parecido calibre:

¿Qué enseñanza definitiva puedo legar a mi hijo, que a fe mía, sea real, que tan verdadera e indiscutible sea,

que guíe y no le engañe ni despiste nunca de sus metas en la aventura ineludible y quizá tortuosa de su vida? ¿Es que acaso, he aprendido yo algo fundamental, perenne y transmisible que no sea fruto de las discusiones de taberna, donde todo cuanto se dice sirve solo para decorar presuntuosamente nuestra apariencia? ¿Qué le legaré que no sea fruto de la circunstancia impostora sino eje de lo sustancial?

En búsqueda de respuesta a esa pregunta, el añejo maestro masón contempla sus herramientas; aquellas que le han acompañado durante toda su vida, que ha tomado miles de veces en sus manos para ejercer su oficio, donde el criterio de verdad ha sido probado durante años por la obra tangible de los edificios en cuya construcción ha participado. Porque las filosofías que explican el hombre no se prueban nunca, tras un debate sin frutos sazonados recurrente y eterno. El materialismo contra el idealismo y viceversa; la ciencia contra la religión, y viceversa; el poeta contra el matemático, y viceversa... y cuando el debate termina transitoriamente, siempre inconcluso y muy cercano a lo estéril, no queda sino el polvo del camino y poco más.

Por el contrario, el cantero observa las paredes de las construcciones salidas de sus manos, y ve que en su cordura eficiente, no se caen. Percibe admirado ante sus ojos, los templos en los que ha pulido y pulido incansable las piedras que los sostienen, que observan la belleza, el rigor y la justicia del oficio, como albergan día tras día, las oraciones de los fieles. Atestigua las casas, por cuyas ventanas rematadas con bellos arcos, puede adivinarse la vida diaria de las familias de los hombres. Comprueba los castillos, cuyos cimientos fueron calculados con tanta exactitud, que en su interno fuero, está seguro, de que solo el paso de muchos siglos y muchas guerras podrán poner en riesgo sus muros sobre los cuales caminan hoy vigilantes los soldados. Contempla

todo ello y comprende, que el sistema propiciador de tales logros, ha demostrado en la práctica, su «eficacia,» y que en consecuencia, le debe servir para mirarse hacia adentro, introspectivamente volcándose hacia el interior de sí mismo y edificar en verdad y de modo fiable su propia alma inmortal.

Porque lo que hace el hombre hacia fuera también sirve para hacerlo hacia adentro. La ciencia que descubre las leyes de la transformación de la naturaleza, es también ciencia que descubre su transformación interna. Y pensemos, que con seguridad, solo cuando transformamos, conocemos. Este hecho explica la importancia que tienen las herramientas constructivas. Esos sencillos artilugios, que para el profano, no dejan de ser cosas, objetos sin ninguna utilidad, pero para el iniciado, sea en la obra interior o exterior, son misterios que reviven en el alma extraños sabores, extraños *recuerdos*.

Una imagen siempre permanecerá en mi memoria. Tendría yo no más de siete años, y tome en mis manos un calibre que mi padre, ajustador de oficio, había dejado en casa. No sabía para qué servía, ni cómo debía usarse. Algo tenía aquello que casi me hipnotizaba, no podía despegar los ojos del objeto y lo miraba como el poeta mira el camino del sol cuando este rompe el horizonte y crea el día.

Preguntaban a René Guenon si los útiles masónicos, los simbólicos, tenían origen en los útiles operativos de los constructores. Respondía que ambos, simbólicos y operativos, tenían un origen común. Se refería, a que el mismo arquetipo que se materializa en la plomada, la maza o el cincel, también eclosiona en el símbolo de la herramienta masónica. Por lo tanto el camino de conocimiento que se debe seguir para llegar al origen, a la fuente de ese manantial, aunque aparentemente tiene dos lugares de salida, solo tiene uno de llegada.

El hombre es hombre porque transforma, porque trabaja ese mundo paradigmático que se escapa permanentemente de las teorías y que merced al lenguaje, concretamos en el término «materia». En ese acto de transformación el hombre lo crea todo, su comprensión de las cosas, sus formas sociales, sus instituciones. Y es en la relación que mantiene el hombre con ese proceso de transformación, hablando de hombre tanto en términos individuales como colectivos, lo que hace de él, lo que realmente es.

De la misma manera, solo el hombre que se transforma interiormente, que trabaja ese mundo también paradigmático, que es el mundo de la conciencia, que igualmente se escapa siempre de las teorías, y que definimos con el término «espiritual»; solo ese hombre, accede a los bienes y al conocimiento del hecho humano en todas sus dimensiones.

La masonería ha pretendido siempre tener un secreto, o un conjunto de secretos. En cierta manera eso es así, pero no es lo más importante. El verdadero secreto no se encuentra en las instituciones masónicas. El verdadero secreto surge y emerge como un acto, como una energía, como una materia, del trabajo de transformación de sí mediante el uso de las herramientas constructivas.

El secreto masónico, el verdadero, el que merece la pena, no es una idea, una palabra perdida, un rito exótico o un ritual desconocido, sino el producto de la actividad sensorial y consciente, entre el iniciado y la herramienta. Cuando ese acto se produce, algo sucede, y ese algo, que solo en el silencio profundo se puede expresar, es lo que realmente importa.

Una plomada, una maza, un cincel, una palanca, una regla, un nivel, una trulla, una llana, una escuadra y un compás. Eso es todo cuanto se debe afrontar ante sí; eso y la actividad transformadora. Es todo tan natural, in-

genuo y sencillo, como la cueva en la que nació el Cristo; tan sencillo como la materia prima de la Alquimia de la que inadvertido su real valor, dícese tirar por la ventana por el desafortunado y ciego hombre consuetudinario; tan sencillo, sí, como el rosario de cuerda anudada de los monjes de vida simple del Monte Athos.

¡Kyrie Eleison!

J. M. Jato

Bilbao, enero de 2014.

PREÁMBULO

DE CÓMO EL MASÓN JEAN M. THORSON TUVO
NOTICIA DE LA EXISTENCIA DE LAS ENSEÑANZAS
DE KNUM.

Al señor G

Fue en marzo del último año del pasado siglo. Olga y yo habíamos asistido a un simposium sobre masonería, organizado por la Gran Logia de Bélgica, y que se celebraba en Bruselas. El primer día, a la hora del almuerzo, nos dirigimos a la sala húmeda habilitada para el efecto. Nos colocamos en la mesa para tres, que había al final de la estancia, desestimada ya la búsqueda de una de dos comensales libre, que nos habría placido más.

Estábamos mirando la carta del menú del *lunch*, cuando al sentir que alguien movía la tercera silla, levantamos los ojos y vimos al señor G con un traje azul turquesa que parecía salido de un cuento de Lewis Carroll.

—Buenos días —dijo en francés con un claro acento alemán— ... ¿puedo?

—Por supuesto —me levanté y traté de hacer un rápido ademán de ofrecimiento, a la vez que no salía de mi asombro.

El señor G, sacó sus gafas, se las colocó y comenzó a escudriñar la cartulina del menú, frunciendo su ceño de tan exagerada manera, que daba la impresión de estar estudiando sesudamente alguno de los textos paleográficos que se investigaban en aquellas jornadas. Finalmente decidido, ordenó al camarero un refrigerio frugal.

Me costó comer. A Olga le pasó lo mismo según me confeso después, hipnotizada por el color estridente del traje vestido por el caballero, que se encontraba allí, comiendo en silencio; concentrado en si mismo, únicamente atento a sus cubiertos, a los bocados de alimento que ingería y a los pequeños sorbos con los que degustaba el vino. Los tres permanecimos callados durante toda la comida. Fue a la hora del café cuando se dirigió a mi, mientras sus ojos permanecían extasiados contemplando la superficie de la taza de café.

—Usted es el Sr. Thorson, creo entender...

—Así es...

—Y está interesado en los orígenes de la Orden Herética del Alba Dorada, ¿no es así?

Olga y yo nos miramos incrédulos, superlativamente sorprendidos. Ambos compartíamos la afición por el estudio del ocultismo europeo de finales del siglo XIX y principios del XX. Ella había sido depositaria por parte de su abuela materna de una parte de los documentos de la *Stella Matutina* de D. Fortune, gracias a los cuales nos habíamos conocido años antes. Por mi parte, había acumulado mucha documentación y había escrito muchas notas que esperaba y hasta ambicionaba convertir en una publicación definitiva sobre los orígenes de la Orden inglesa.

—No se preocupen, mi ofrecimiento es leal —continuó el señor G—. Hay alguna documentación en mi casa de Zurich que estoy seguro les servirá de mucha ayuda...

No me extenderé sobre la conversación de ese día, ni sobre la de las cenas de los dos días siguientes que duró el simposium. Él mismo siempre nos dejó muy claro su deseo de continuar en el anonimato, en lo que para Olga y para mí sin saberlo, se convirtió en el comienzo de una extraña y extraordinaria aventura, que paso a referir. Resumiré la historia como sigue:

El señor G había heredado una inmensa fortuna acumulada por su abuelo paterno. Éste, especulador avisado, supo prever las oportunidades y ganancias pingües, que ofrecerían la inversión y la innovación en la industria pesada durante el gobierno de Bismarck, A su vez, él mismo, al igual que hiciera su padre, había hecho crecer más la fortuna familiar, extendiendo sus empresas por el extremo oriente, años después de la segunda gran guerra.

Pero no solo heredó de su abuelo la fortuna, sino también una colección nada desdeñable de manuscritos, libros, objetos, vestimentas, etc., de origen y carácter ocultistas. Nos invitó sin ambages a visitarle en Zurich y nos prometió que nos enseñaría cierta documentación incontrovertible sobre el hermetismo inglés, «para no perder el tiempo con hipótesis estúpidas», según él mismo las calificó casi en exabrupto, y que inevitablemente, incomodado en lo personal, con cierto prurito y humillación me sonrojaron.

Olga y yo, volvimos a nuestro apartamento en París, justo el tiempo necesario para preparar un pequeño equipo técnico que constaba básicamente de dos ordenadores portátiles, dos escáneres de buena resolución, y algunos accesorios que se pueden suponer para esta empresa.

En Zurich, y ya en su casa, nos enseñó *la biblioteca*, su biblioteca, en forma de una gran cúpula que tendría en su parte central, unos 15 metros de altura. Ciñéndonos a lo convenido, no daremos más datos del señor G ni de su residencia. Solo diré que entre la documentación que nos fue mostrada, se encontraban notas del propio puño y letra de E. Levi redactadas en Londres después de su encuentro con B. Lytton, una colección de Flying Rolls de un templo que Mathers fundó en París paralelo al histórico y conocido Ahathor, donde trabajaba con los adeptos más cercanos, cuya existencia era absolutamente ignorada por Olga y por mí hasta aquel día feliz de esclarecimiento. Había también entre el material, notas de uno de los primeros alumnos de Kremmerz, junto con esquemas realizados por él mismo para la redacción del famoso *Corpus*.

Olga y yo no podíamos creer lo que estábamos viendo. En aquella estancia estaba todo lo que habíamos estado buscando durante más de 20 años, e incluso mucho más de lo que hubiésemos soñado que existiera. Nos enseñó un borrador manuscrito del *Dominico Blanco* de Gustav Meyrink, mucho más voluminoso que el publicado, dibujos originales de W. Blake, un ejemplar taquigrafiado del *Manuscrito de Alger* comentado por R. Ambelain...

No podíamos creer lo que estábamos viendo. En aquella estancia estaba todo lo que habíamos estado buscando durante 20 años, e incluso mucho más de lo que hubiésemos soñado que existía. Nos enseñó un borrador manuscrito del *Dominico Blanco* de Gustav Meyrink, mucho más voluminoso que el publicado, dibujos originales de W. Blake... Y precisamente estaba ante uno de ellos, pensando que tal vez sería un primer borrador de su *Nabucodonosor*, cuando observé que Olga se había quedado atrás y tenía en sus manos una

gruesa carpeta en cuyo lomo se podía leer «A. C.- Masters - writings».

— ¿A. C.? — pregunté intrigado.

Olga me clavó los ojos como suele hacer cuando hago una pregunta estúpida.

— ¡Crowley... por Dios!

Ambos estallamos en una carcajada, mientras el señor G nos miraba divertido. Aleister Crowley significaba mucho para los dos. Nos habíamos conocido gracias a él, y habíamos pasado tantas horas hablando del mago bestial que no reconocer sus iniciales era *una de esas estupideces que sueles hacer*, como dice ella. El tío de Olga que le había legado el material de la *Stella Matutina*, le había conocido en sus últimos años, y, por lo que le había dicho a mi inseparable compañera, nada tenía que ver el Crowley real con aquella figura abominable que el mismo se había fabricado para escándalo público y se empeñó siempre en divulgar.

— Aleister Crowley, Mathers, Encausse... — el rostro del señor G se volvió serio y su tono de voz descendió con gravedad —, todos ellos tienen una parte conocida y otra desconocida, se lo aseguro, y los documentos de esa carpeta le reconfortarían, ya que son un testimonio muy importante, que le demuestra que lo que su tío decía de la Gran Bestia era cierto...

— ¿Cómo sabe...?, ¿el tío John...?

— No le de tanta importancia — dijo el señor G ante nuestros atónitos ojos —. Ya hablaremos más tarde de todo eso... Ahora quiero que me acompañen hasta la parte oriental de esta... *terrible* estancia.

Por lo que habíamos visto hasta entonces, el adjetivo adjudicado a aquella dependencia casi indescriptible, aunque imponderable por el momento, al parecer era justa y no sobraba. Cada documento, cada legajo, cada objeto que allí se encontraba, parecía ser fruto de una selección conspicua del material más importante, sofis-

ticado y a la vez desconocido, del ocultismo europeo. Atravesamos la sala, hasta que nos pidió que nos situásemos ante una estantería que permanecía cerrada con puertas de varios tamaños. Sacó un mazo de llaves del bolsillo de su chaqueta y empezó a abrirlas tranquilamente.

El contenido se fue haciendo visible a nuestros ojos. En la balda superior, en una cajón que sin duda estuvo hecho para contenerla, había una estatua de un dios egipcio, en madera; una madera a la que el tiempo había despojado de casi toda la pintura que el artista había puesto sobre ella. La estatua era una representación del dios Knum. A su lado descansaban cajas; algunas cerradas, otras que dejaban ver su contenido, con carpetas que guardaban documentos. Tamaños diferentes, y contenedores de diferentes características daban a entender que todos ellos estaban relacionados por alguna causa común y hasta el momento misteriosa.

— Todo esto que tienen ante sí — volvió a su tono grave el señor G — es una buena parte de lo que se ha conservado hasta hoy de las *Enseñanzas de Knum*.

Olga y yo debimos esbozar en nuestros rostros algún ridículo gesto, ya que el señor G estalló en una carcajada, que pronto se tornó en la seriedad requerida para continuar la historia que había comenzado relatar.

— Bien. Sé que ustedes no saben nada de este tema. Todo el mundo conoce a Eliphaz Levi, a Gurdjieff, a Papus..., algunos incluso saben algo acerca de Giuliano Kremmerz y los pitagóricos italianos. Pero, les puedo asegurar que muy pocos han oído hablar de Knum. De hecho, nadie que no haya tenido una vinculación directa con ella, ha oído hablar jamás de su existencia.

El señor G tomó una de las carpetas, y comenzó a mostrar algunos documentos, mientras continuaba con aquel acento alemán que aún hacía más misterioso el mensaje.

—Iré a lo fundamental, mis queridos amigos. Este conjunto de enseñanzas, están en relación directa con los orígenes de la masonería. Es más, se puede decir que son el origen primigenio y remoto de las enseñanzas masónicas. Como verán, aquí hay documentos que tiene 500 años —y nos señaló un viejo cofre ennegrecido por el tiempo—, dibujos y planos en pergaminos contemporáneos de Carlomagno. Miren esas tablillas... —y señaló una caja cerrada de metacrilato que permitía ver el contenido—, son caldeas. En fin. Todas ellas tienen algo en común. Son el testimonio de una *escuela* que ha permanecido a lo largo del tiempo, que tuvo sus orígenes en el antiguo Egipto... incluso tal vez antes, aunque esto no lo podemos saber, y que detentó el conocimiento tradicional primero de los sacerdotes-constructores, y lo ha sabido conservar sin el menor rasgo de degeneración hasta la actualidad.

El señor G continuó hablando durante casi toda la tarde, mientras Olga y yo paseábamos nuestros ojos absortos desde la cara de nuestro anfitrión a los documentos que nos señalaba. Nos dijo muchas cosas acerca de esta *escuela de constructores*. Obviaré aquí ciertos detalles históricos, que lo único que provocarían es la curiosidad, rechazo o desdén de los eruditos y, desde luego con toda certeza, su desconcierto. Y esto no tiene ningún interés, al menos, en relación al motivo por el que nos había arrastrado hasta allí el señor G.

• • •

Las enseñanzas de Knum describían un sistema de enseñanzas muy preciso en sus principios filosóficos y gnoseológicos. Comprendían al hombre como un ser alienado a causa de la pérdida de ciertas capacidades características en el conjunto psicofísico del ser, y que

por ello, se veía abocado a permanecer en un estado de total alineación.

El estado de presencia del hombre había caído en un abismo tal que incluso se encontraba perdido en una percepción errada del mundo y de las cosas, alienado, separado, alejado de sí mismo. La creencia errónea en la existencia de un Yo estable y permanente, estaba en la base de tal estado de conciencia. Y es precisamente, en este intento de romper la frontera entre lo interior y lo exterior del hombre, donde se haya el campo de batalla de esta enseñanza. El hombre se construye interiormente, en la medida en la que se convierte en constructor fuera. El hombre aprende las leyes del cosmos en la medida en que comprende las leyes de su propio microcosmos.

Las enseñanzas de Knum contenían no solo un sistema filosófico, tal como hemos dicho, sino también un conjunto de técnicas, ejercicios prácticos, rituales, etc., que conducían inexorablemente a la ruptura de este estado enajenado y a la eclosión de una experiencia del mundo y del ser interno más objetiva.

Durante estos últimos años, el estudio y la práctica de tales enseñanzas nos evidencian que nos encontramos con un sistema eminentemente masónico, pero así como la masonería que yo había conocido hasta entonces se dedicaba a especular sobre aspectos simbólicos, históricos, éticos, etc., de la francmasonería y de la sociedad, estas otras enseñanzas permiten aprender directamente, sin especulación alguna, la experiencia de una visión del hombre nueva y a la vez antigua al extremo. Y la novedad y la vejez de este efectivo sistema, se sostiene en un principio cuya evidencia, al menos a mí se me había escapado por completo: el hombre, como individuo, no es una unidad psicológica, y mientras no llegue a ser uno, cualquier éxito transformación o mejora por el contacto con los símbolos será tarea vana. Ca-

da uno de los ejercicios, de los consejos prácticos, y de los rituales absolutamente detallados a lo largo de la documentación, de esta antigua doctrina, provocan y conducen inexorablemente a un estado de conciencia, que implica primero esa unidad perdida y luego, subsiguientes y abruptamente a la unidad recobrada.

Durante dos días más, en los que nuestro anfitrión fue desmenuzando ante nuestra mirada atónita todo aquel extraño y misterioso legado, las dudas iniciales ante todo aquello fueron debilitándose y cayendo. El velo fue desgarrándose poco a poco, mientras todo lo que habíamos aprendido en los talleres masónicos y paramasónicos, empezaba a cobrar un sentido inusitado.

El señor G nos pidió varias cosas muy concretas para realizar con aquel material singular. Algunas de ellas, deben aún mantenerse en secreto y otras quizás queden para siempre en el olvido. Solo diremos que una de aquellas peticiones tenía relación con la publicación que hoy tiene el lector entre sus manos y a la cual continuarán otras entregas del legado de las Enseñanzas de Knum.

Uno de los tesoros que componían aquel legado era una vieja caja de madera ennegrecida por el tiempo, que Olga tuvo el honor de abrir. Ante nuestros ojos aparecieron esparcidas en el fondo diez herramientas de albañilería y cantería. Unas de metal y otras de madera, su conservación había sido cuidada a tal extremo, que su superficie, a pesar de haber sido ennegrecida por el transcurso de los siglos tanto como el propio recipiente, parecía sin embargo brillar paradójicamente como un rayo de sol en gotas de agua clara. Junto a ellas, formando un atillo, descansaba un paquete envuelto por lo que en su día fue un grueso y aceitado pergamino, que llevaba como título *Secreta Scala Artis*. Cartas de un Maestro Cantero a su hijo, en las que le detalla y explica el uso de las Sagradas Herramientas

del Verídico y Santo Oficio de la Construcción del Templo.

El señor G nos explicó, que era el título que la logia de canteros a la que perteneció el hijo del autor de aquel conjunto de cartas, había elegido para su clasificación en su «tesaurus». Nos explicó también que, en definitiva, aquellas cartas constituían el legado que un cantero cultivado en las Enseñanzas de Knum había dejado a su hijo en herencia a la hora de su muerte, junto a las herramientas del oficio. Sea como fuere, el hijo, del cual por lo que sabemos no quedaba noticia alguna, habría depositado el legado en una de las Logias Nómadas de Knum, y al parecer, habría sido de utilidad a varias generaciones de miembros correligionarios de dichos grupos, como textos de estudio del sistema. Los integrantes de aquellas Logias, por lo que nuestro anfitrión nos confesó, no eran amigos de copiar y recopiar los textos. Entre ellos, era usual la convicción de que el propio texto material se perfeccionaba paulatinamente con el uso y atención dispensada por el practicante, pues, a su decir, el texto, devenía continente de la fuerza metafísica acumulada tras la práctica conveniente, generándose así una especie de recarga acumulativa.

La versión de la *Secreta Scala Artis* que hoy ve la luz, ha sufrido algunas transformaciones que realicé bajo los auspicios del señor G. No habría realizado tal «atrocidad» sin su permiso, evidentemente. Me pidió a tales efectos una adaptación del leguaje para que pudiese ser entendido por el hombre del siglo y así conceptos que aparecían en el texto original como la *Ley del Amor que Une Todas las Cosas*, aparece en esta versión como *Ley de la Gravedad*; la *Ley de las Consecuencias de la Primera Ley*, se reescribe como *Ley del Accidente*. En alguna ocasión me he atrevido a incluir conceptos como el del freudiano «Yo», que sustituye al original *Eje Caído*, y que pertenecen a nuestro acervo cultural indiscu-

tiblemente asimilable. De cualquier manera, creo que de este modo su lectura, de por sí densa, abstrusa y enigmática, resultará más cercana a nuestros lectores contemporáneos, evidentemente muy alejados en la actualidad de la visión brillante y particular, sugerida por los añejos autores tras las prácticas a las que se sometieron en aquellos grupos.

Jean M Thorson
Hendaya, 28 de febrero de 2013